

ARZOBISPO  
*Ricardo Blázquez Pérez*  
**Conferencia**

CONGRESO “LA TEOLOGÍA PASTORAL Y SUS ENCRUCIJADAS” EN EL CENTENARIO DE LA REVISTA “SAL TERRAE” EN MADRID

## **Una revista en el camino misionero de la Iglesia**

1 de junio de 2012

---

Remigio Vilariño Ugarte, S. J., nacido en Guernica en 1865 y muerto en Bilbao en 1939, fundó la revista *Sal Terrae* para sacerdotes en 1912. Cumple este año, por tanto, los cien de su existencia, coincidiendo el Centenario con el Cincuentenario del comienzo del Concilio Vaticano II. Esta coincidencia, además de ser casual, puede ser también una sugerencia para la reflexión. Cincuenta años es una duración considerable, teniendo en cuenta la caducidad de las obras, por lo difícil que es la continuidad. Nos alegramos de estas efemérides, y agradecemos a las personas que a lo largo del tiempo han sabido tomar el relevo y prolongar lo que otros iniciaron. Se necesita siempre alguna dosis de humildad para ser herederos y continuadores.

### **1. La memoria de un apóstol nos estimula en la misión**

El P. Vilariño<sup>1</sup> fue un apóstol eminente, que dejó una huella profunda y duradera. Unió el servicio

Todo lo que atañía a la pastoral de los sacerdotes, a la construcción de la Iglesia en su camino diario, era objeto de su atención.

Las Calzadas de Mallota culminan donde hasta hace poco tiempo estaba el Hogar Sacerdotal, en el que vivió entre otros José Luis Martín Descalzo, incardinado en la Diócesis de Valladolid, mientras fue corresponsal de *La Gaceta del Norte*; allí ultimó los volúmenes de *Un periodista en el Concilio*, que había enviado desde Roma como crónicas durante los cuatro períodos conciliares. La memoria agradecida al P. Vilariño, fundador de la revista *Sal Terrae*, me ha dado la oportunidad de recordar cordialmente personas y lugares en que yo viví y ejercí como obispo casi quince años. Vilariño fue un don de Dios para la Iglesia y la sociedad de su tiempo, y sus obras se prolongan hasta nosotros. Vivió enteramente para la misión confiada, que desempeñó con tanta fidelidad como creatividad, abriendo caminos para responder a los signos del tiempo. La obediencia ignaciana le introdujo en un dinamismo que desbordaba la letra del encargo hacia un horizonte que realizó según el espíritu de la misión confiada.

Me ha parecido oportuno unir en esta conferencia la mirada al pasado y nuestra perspectiva actual; la misión que cumplió el P. Vilariño, dentro de la cual se sitúa el origen de la revista *Sal Terrae*, y la que estamos desarrollando nosotros. La mirada convergente a los orígenes y a la encrucijada actual responde a las tareas pastorales y a la reflexión sobre las mismas. La memoria y la esperanza están íntimamente unidas; hacemos memoria de las personas y de los acontecimientos que nos han precedido no por añoranza del pasado, huyendo de las tareas e incertidumbres del presente, sino para, inspirándonos en lo acontecido, fortalecer la esperanza de cara al futuro, que deseamos configurar según la promesa de Dios. Hacemos memoria juntos porque vivimos eclesialmente la esperanza.

Como ya indiqué arriba, el mismo año celebramos dos efemérides: Los cien del nacimiento de la revista *Sal Terrae* y los cincuenta de la solemne apertura del Concilio Vaticano II, a cuya celebración, reavivando el gozo de la fe y el entusiasmo para anunciar el Evangelio, nos invita el papa Benedicto XVI. ¿Qué panorama se abre delante de la Iglesia hoy? ¿Qué actitudes debemos asumir? ¿Cuáles son los desafíos fundamentales planteados a la misión cristiana?

El título de la revista está tomado del Evangelio, como también el de la revista *Hosanna* (cf. Mt 21,9):

A continuación, voy a detenerme primero en la relación entre misión cristiana y diálogo, íntimamente unidos en el Concilio Vaticano II, y en segundo lugar en la prioridad pastoral, según el papa Benedicto XVI, de la Iglesia en la encrucijada presente. Confío en responder de esta manera al tema que se me ha pedido.

## 2. Misión cristiana y diálogo

El Concilio Vaticano II quiso poner a la Iglesia en estado de misión; su intención, tal como aparece en el anuncio y en la convocatoria de Juan XXIII, es eminentemente misionera. En la Constitución Apostólica *Humanae salutis*, firmada el 25-12-1961, por la que convocaba el Concilio, escribió: «*La Iglesia asiste en nuestros días a una grave crisis de la humanidad, que traerá consigo profundas mutaciones. Un orden nuevo se está gestando, y la Iglesia tiene ante sí tareas inmensas, como en las épocas más cruciales de la historia. Porque lo que se exige hoy de la Iglesia es que infunda en las venas de la humanidad actual la virtud perenne, vital y divina del Evangelio»* (n. 3). ¿No tienen estas palabras la misma actualidad que tuvieron hace cincuenta años? Las primeras líneas de la Constitución Apostólica recuerdan el mandato misionero de Jesús y su consoladora promesa de estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo (cf. Mt 28,20). Y en la oración mandada rezar en la Iglesia por los frutos del Concilio, señaló como referente e ícono evangelizador a un "nuevo Pentecostés".

La finalidad misionera es la órbita abarcadora donde quedan situados los diversos objetivos conciliares: vigor renovado de la vida cristiana, reforma de las instituciones de la Iglesia sometidas a cambio, unidad de los creyentes en Jesucristo e invitación a todos los hombres a formar parte de la Iglesia. La Iglesia ha sido convocada, a través del Concilio ecuménico, para ser enviada al mundo contemporáneo. Es, por tanto, sumamente coherente que, al celebrar el 50º Aniversario de la solemne apertura del Concilio, ocupe sobre todo la atención de la Iglesia, por indicación de Benedicto XVI, la llamada "nueva evangelización", la acentuación de la alegría de la fe y un renovado entusiasmo apostólico por transmitirlo<sup>4</sup>.

En relación con la tercera parte, dice la Encíclica que como consecuencia de los dos primeros enunciados, a saber, conciencia y renovación eclesiales, está «*el de las relaciones que la Iglesia debe establecer hoy con el mundo que la rodea y en que vive y trabaja*»<sup>6</sup>. Y un poco más adelante: La Iglesia tiene el deber de la evangelización, ya que la custodia y la defensa de la tradición recibida son necesarias pero no agotan el mandato misionero ni el ministerio apostólico. Están incluidos en el encargo dado por el Señor a los Apóstoles (cf. Mt 28,19), la difusión, el ofrecimiento, el anuncio del patrimonio recibido. «*Daremos a este impulso interior de caridad que tiende a hacerse don exterior de caridad, el nombre ya habitual de "diálogo"*»<sup>7</sup>. El diálogo no es una moda pasajera, aunque la palabra haya adquirido hace no mucho tiempo una utilización masiva.

La tercera parte, desde el n. 189 hasta el final (n. 210), contiene diversos aspectos sobre el diálogo en la perspectiva cristiana, eclesial y misionera. El conjunto fue saludado entonces con gozo y esperanza, y, rescatado de desfiguraciones que han podido insinuarse, debe ser sostenido en la vida y misión de la Iglesia.

El fundamento del diálogo, del que habla la Encíclica, está en la misma revelación divina, en la historia de la salvación. La alianza de Dios con los hombres los hace sus amigos y los introduce en su compañía (cf. Jn 15,14-19). El diálogo de la salvación fue abierto por Dios en su iniciativa inefable; Él nos amó primero (cf. 1Jn 4,10), sin merecerlo nosotros (cf. Jn 3,16; Lc 5,31). El diálogo es una forma de relación hondamente cristiana. Esta actitud de Dios guía a la Iglesia a instaurar relaciones con la humanidad inspiradas en el amor y la confianza. «*La Iglesia debe dialogar con el mundo en que vive. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio*»<sup>8</sup>. La verdad y el amor, en íntima conexión interactiva, deben iluminar el diálogo; no se deben sacrificar en el diálogo ni la cercanía respetuosa al interlocutor ni la fidelidad a Jesucristo. El diálogo como forma de ejercitarse la misión apostólica es un arte de la comunicación espiritual que incluye las características de la claridad, la mansedumbre, la confianza y la prudencia<sup>9</sup>. El diálogo es una manera de actuar y de ser.

Dialogar significa caminar juntos los interlocutores al encuentro de la verdad plena. El diálogo no es cesión en la verdad para que el otro no se enfade. El diálogo no termina siempre, al menos inicialmente,

*obligado a vivir la "nueva religión" como la única determinante y obligatoria para toda la humanidad»<sup>12</sup>. ¿Por qué ha de ser "homófobo" el que afirma que las relaciones homosexuales no son lo más normal del mundo?*

Frente al relativismo que piensa que es normativo el punto de vista de cada persona y de cada grupo, el pluralismo cultural sostiene con razón que todo hombre tiene derecho a expresarse por sí mismo. Abrazar la verdad es un encuentro con la misma verdad que penetra suavemente, sin violentar, en la mente y en el corazón. La negación de la objetividad de la verdad por parte del relativismo socava la posibilidad de entendernos los hombres de diversos pueblos, culturas, razas y lenguas.

Es difícilísima la coincidencia total de dos personas en todos los puntos de vista, como es difícilísima también la discrepancia completa. Aunque haya divergencias entre los interlocutores, no deben desistir de llegar a un cierto acuerdo respetuoso, quizá todavía parcial, mientras las vías estén abiertas. El todo o nada es una disyuntiva inadecuada en este campo, mientras exista apertura sincera a la verdad.

La actitud dialogante alentó a los padres conciliares y permeó sus documentos, que adoptaron una orientación pastoral en absoluto equivalente a debilidad doctrinal, una mirada compasiva sobre la humanidad (cf. Mt 9,36) y un ánimo esperanzado a pesar de todos los problemas, que eran reconocidos con realismo; perderse en lamentaciones sobre los males del presente, refugiándose en el pasado por la nostalgia o huyendo al futuro por la evasión utópica, puede paralizar la actuación que exige la hora presente de la historia. El arte del diálogo, como estilo y como espíritu, requiere un aprendizaje paciente, largo y costoso. La cercanía y el diálogo con el mundo no deben significar contagio secularista, sino comunicación misionera. El cristiano dialogante es una persona amiga de la verdad, humilde en su presentación, defensora de la misma con argumentos y sin polémicas; debe ser respetuosa y conviviente con todos a pesar de los desacuerdos y divergencias. No es fácil unir el celo por la verdad y el amor a las personas. El encuentro de las personas en la verdad no puede ser componenda superficial alcanzada con arreglos y transacciones. La reconciliación auténtica entre las personas se restaura con el perdón, que es una donación especial en el amor (per-dón) capaz de olvidar las ofensas recibidas. A pesar de los intentos fallidos, la Iglesia no debe desistir del diálogo en la relación humana y apostólica con los demás.

ni en la agresividad por miedo, desprecio o falsa seguridad. Los cristianos están llamados a participar en la formación de la opinión pública y en la transformación de la vida social según la verdad y el amor. Con las palabras del Evangelio: Estamos en el mundo sin ser del mundo (cf. Jn 15,18-19; 17,14-16).

La solidaridad con todos los hombres no olvida la fraternidad con los hermanos en la fe (cf. Ga 6,10). La mesa eucarística debe impulsar a que todos los hombres participen en la mesa de los bienes de la tierra. La Iglesia del Señor, aunque sea una "grey pequeña", es para toda la humanidad germen de unidad, de esperanza y de salvación. Ha sido llamada y enviada para ser como luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5,13-16)<sup>14</sup>. Los cristianos no debemos nivelar la pertenencia a la Iglesia y la solidaridad con la humanidad como si fueran pertenencias equivalentes. La Iglesia es sacramento de salvación e instrumento eficaz para que la humanidad sea una familia de hermanos y hermanas.

### **3. Prioridad fundamental: Reconocimiento de Dios**

Frecuentemente, sobre todo en situaciones señaladas en que se ha dirigido a la Iglesia y a la humanidad actual, Benedicto XVI ha afirmado con claridad que la búsqueda de Dios, el reconocimiento de Dios y la fe en Dios revelado en Jesucristo, es la prioridad suprema y fundamental de la Iglesia, y en concreto del papa como sucesor de Pedro. Esta prioridad la ha manifestado en intervenciones ante los cristianos de otras confesiones, en el fondo de las reformas necesarias en la Iglesia, en la fundamentación de la dignidad de los hombres, en la base de las legislaciones positivas de los Estados, y en la llamada "ley natural"<sup>15</sup>.

Merece un esfuerzo y el trabajo queda bien recompensado si se lee detenidamente esta serie antológica de intervenciones pronunciadas en ocasiones relevantes: discursos en universidades, en academias, en parlamentos, en diálogo con personas y grupos de personas abiertas al presente y al futuro de la humanidad, que está hoy en una coyuntura no solo nueva, sino también inédita por sus posibilidades y peligros. Aquí aparece la preocupación de fondo del Papa, que por una parte refleja su amor a la huma-

La secularización radical, que llega a las conciencias y a las orientaciones básicas, éticas y jurídicas de la sociedad en el presente y de cara al futuro, hace también más radical la misión de la Iglesia. Cuando Pablo visitó como apóstol Atenas vio que era un pueblo muy religioso, ya que entre muchos altares había uno dedicado al "Dios desconocido", algo con lo cual va a conectar el anuncio del Evangelio de Jesucristo resucitado de entre los muertos (cf. Hch 17,22 ss.). Actualmente, la predicación evangélica no encuentra ya en nuestras latitudes, con mucha frecuencia, esa convicción religiosa en el ambiente. El ateísmo ya no es un hecho aislado de algunas personas; el que muchos se desentendan de la relación y del diálogo con Dios *«es uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo, que debe ser examinado con atención»*<sup>19</sup>.

Podemos denominar este fenómeno tan extendido actualmente con muchas expresiones: indiferencia religiosa, silencio de Dios, ausencia de Dios, eclipse de Dios, muerte de Dios, vivir como si Dios no existiera, ateísmo sin pasión ni beligerancia, no echar de menos a Dios, "apostasía silenciosa"... Esta situación, que en ocasiones muestra notas de desdén y de sátira, es un desafío singular para la misión cristiana. Podemos decir que nos hallamos como ante personas famélicas e inapetentes; acusan el vacío pero no se percibe la búsqueda de la plenitud. Invitamos a participar en encuentros y celebraciones, y muchas veces la respuesta es un encogimiento de hombros. Por este motivo, es parte integrante de la misión evangelizadora el "despertar religioso", la apertura a la trascendencia e incluso la "ampliación de los espacios de racionalidad"<sup>20</sup>.

Diversas metáforas muy elocuentes expresan la pérdida de vigencia de Dios en la conciencia humana y en la cultura, y sus consecuencias para el hombre: silencio, ausencia, eclipse, muerte de Dios<sup>21</sup>. Con el oscurecimiento de Dios en la conciencia humana palidece también el brillo de las realidades fundamentales, tradicionalmente unidas a Dios, como el ser, la verdad, la moral, la esperanza más allá de la muerte. ¿No sobreviene con la pérdida de Dios el nihilismo, el relativismo, la reducción del horizonte último de la existencia humana, una especie de desazón de fondo, la renuncia a grandes aspiraciones, la conformidad con goces pequeños? También podemos preguntarnos: ¿Dios calla o el hombre está sordo? ¿Dios está ausente o nosotros huimos de Él? ¿Dios ha muerto o nosotros lo rechazamos y decidimos que no hay Dios? ¿Eclipse de Dios o "noche" transitoria? ¿No es la covariación actual, en que se pierden tantas

los ojos para ver a Dios; en el corazón de quien da de comer al hambriento y viste al que está desnudo amanece la luz (cf. Is 58,7-10). El amor según el estilo de Jesús, como Él nos amó, no solo ilumina interiormente para conocer al Padre que le envió, sino que también es evangelizador (cf. Jn 13,34-35; 17,21-23). La transmisión del Evangelio, como la revelación de Dios, tiene lugar con hechos y palabras íntimamente unidos. Las palabras explicitan lo que acontece en los hechos y los hechos respaldan las palabras. En un mundo ahíto de palabras, tantas veces huecas y engañosas, las obras del amor respaldan las palabras de la predicación y les dan credibilidad. Por esta comunicación interactiva, son insustituibles en la evangelización la catequesis y el ejercicio de la caridad; por la misma razón, Cáritas, como buque insignia del amor cristiano que actúa personal y socialmente, es un rostro amable de la Iglesia que remite a Dios, fuente del amor<sup>23</sup>.

Pablo VI concentró la obra del Concilio Vaticano II en la respuesta a esta pregunta: "Iglesia, ¿qué dices de ti misma?". En varias ocasiones reiteró a la Asamblea conciliar la misma tarea<sup>24</sup>. Aunque el Concilio se ocupó principalmente de la Iglesia, de su naturaleza y composición, de su vocación ecuménica y de su actividad apostólica, la Iglesia no es un fin en sí misma. Está radicada en el misterio de Dios y es esencialmente misionera. «*Es el pueblo de Dios reunido por la unidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo*»<sup>25</sup>. La pregunta respondida autoradamente en el Concilio, "Iglesia, ¿qué dices de ti misma?", encamina a esta otra: "Iglesia, ¿qué dices de Dios?". La Iglesia es el Pueblo de Dios, el Cuerpo de Cristo y el Templo del Espíritu Santo. Sobre este trasfondo se entienden adecuadamente sus acciones, su predicación y catequesis, sus celebraciones, sus organismos, su servicio a la humanidad y sus cambios necesarios. Si la reforma cristiana se quedara en cambios organizativos y compaginación de responsabilidades, sería muy superficial. La reforma genuina se gesta en el encuentro personal con Jesucristo, en la renovación de la fe en Dios, en el aliento vivificador del Espíritu Santo. La cuestión primordial es la fe en Dios, cuyo rostro personal es Jesucristo; el desafío que la celebración del 50º Aniversario del comienzo del Concilio nos lanza es sobre todo acerca de la renovación de la fe y de una nueva evangelización. Sin negar que hay aspectos siempre pendientes de reforma en la Iglesia, el Papa, en la homilía de la Misa crismal de 2012, remitió a aquella tarea primordial como base de todo cambio. San Juan de Ávila, cuya declaración como doctor de la Iglesia está a las puertas (7-10-2012), redactó también desde esta base

respondan los oyentes por la fe y la conversión, como hizo Jesús (cf. Mc 1,14-15). De Dios, que se ha manifestado en Jesucristo como Amor, debemos hablar amablemente. Hablar evangélicamente de Dios implica una dosis vivencial, una cierta experiencia de Dios en la vida personal, conocer existencialmente el amor que nos tiene. Con la luz de la vida nueva en Jesucristo podemos denunciar los males que el hombre se hace a sí mismo; esta denuncia nace también del amor al hombre que sufre con sus extravíos.

En los sumarios del Evangelio (cf. Lc 4,17-21), que expresan la misión de Jesús, se unen la gracia de Dios y la indigencia humana; Jesús es la mano de Dios tendida a los pecadores, es refugio de los excluidos, es protección de los indefensos, es salud de los enfermos, es poyo de los pobres, es defensa de los débiles como mujeres y niños, huérfanos y viudas<sup>27</sup>. El rostro bondadoso y santo de Dios brilla en la salvación actuada en Jesucristo, que rescata de la perdición a los hombres.

La fidelidad a Dios, siguiendo las huellas de Jesús, implica cultivar y promover la dimensión social de la fe cristiana. La palabra "pobre" tiene en el Evangelio dos sentidos que no se pueden separar totalmente: pobre es el sencillo de corazón y pobre es el indigente en las situaciones de necesidad, como el hambre, el desamparo, la carencia de vivienda y cobijo, la soledad y esclavitud, Jesús mismo se identifica con el necesitado y nos pide ayuda. Mt 25,31 ss. es una profecía moral, y el cuestionario sobre el amor según el cual seremos examinados en el atardecer de la vida. Jesús nos envía a llevar el Evangelio, la buena Noticia de Dios, a las personas indigentes. «*No necesitan médico los sanos, sino los enfermos*» (cf. Mc 2,17); los autosuficientes piensan que se bastan a sí mismos y de esta forma se cierran a la salvación.

Benedicto XVI pasará probablemente a la historia, entre otras cosas, por el empeño en purificar la Iglesia de Dios, desenmascarando y denunciando valientemente fallos y pecados, que en otras situaciones históricas se ocultaban para evitar escándalos que la publicidad podría suscitar. Él prefiere la verdad transparente, la humildad para cargar con los oprobios, la confianza en que la purificación evangélica es también evangelizadora. Es un Papa reformador y renovador de la Iglesia, siguiendo a Jesús pobre y humilde, para que sea fiel transmisora de la fe en Dios, que constituye a su modo de ver el desafío más grande que tiene planteado actualmente la Iglesia.

[5] Cf. Vicente Cárcel Ortiz, "Aldabalde Trecu, Rufino", en: *Diccionario de Sacerdotes Diocesanos Españoles del siglo XX*, Madrid 2006, pp. 100-103.

[6] *Enchiridion Vaticanum*, 2, 168.

[7] ibíd., 191.

[8] *Enchiridion Vaticanum*, 2, 192; cf. *Dei Verbum*, 2: «Dios, movido por amor, habla a los hombres como amigos».

[9] Cf. n. 196.

[10] Cf. *Gaudium et spes*, 21, 23; *Ad gentes*, 11; *Presbyterorum ordinis*, 12; *Optatam totius*, 15, 19.

[11] Barcelona 2010, pp. 63-72.

[12] ibíd., p. 66.

[13] *Gaudium et spes*, 92.

[14] *Lumen gentium*, 9. Cf. Ricardo Blázquez, "Eucaristía y unidad de la Iglesia", en: *Los ecos de la Escritura. Homenaje a José Manuel Sánchez Caro*, Salamanca 2011, pp. 387-405.

[15] Cf. Comisión Teológica Interconfesional, *Comunión y servicio. La persona humana en su desarrollo integral*.

*Sermones dominicales y festivos I, domingo de Pentecostés, Murcia 1995, p. 595).*

[24] Cf. Discurso de apertura de la segunda sesión, 29-9-1963: «*Nos parece que ha llegado la hora en la que la verdad acerca de la Iglesia de Cristo debe ser estudiada, organizada y formulada*». Discurso de apertura de la tercera sesión, 14-9-1964: «*La Iglesia debe definirse a sí misma, debe extraer de su conciencia genuina la doctrina que el Espíritu le dicta, según la promesa del Señor: "El Espíritu Santo, el Paráclito, que el Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Jn 14,26)*». Cf. Discursos de clausura de la tercera sesión, 21-11-1964 y de clausura de la última sesión, 7-12-1965.

[25] *Lumen gentium*, 4.

[26] San Juan de Ávila, *Obras completas II*, Madrid 2001, 2<sup>a</sup> edición, pp. 485-619.

[27] Cf. Ricardo Blázquez, *Iglesia y Palabra de Dios*, Salamanca 2011, pp. 225-245. Leonardo Rodríguez Duplá, "Monoteísmo y ética", en: *Razones para vivir y razones para esperar. Homenaje al profesor Dr. D. José Román Flecha*, Salamanca 2012, pp. 631-642.